

nia á su padre, sus primeros amigos la colocaron en política en aquel término medio, que corresponde al protestantismo en religion, y que se limita á las monarquías temperadas. En sus reflexiones sobre la revolucion francesa, uniendo el amor al orden con el amor a la libertad, de cuya bandera no desertó, aunque se estraviase, demuestra con elocuencia nueva los progresos del orden social, las calamidades que acompañan á las revoluciones, las ventajas que saca de ellas, el poder absoluto y el orden que se deriva de las mismas; y finalmente, el amor y el odio que abriga la baronesa de Staël en su seno, le dan mucha agudeza. La enemistad que ostentó contra la materialidad del imperio, daba un carácter muy fuerte á su silencio en los libros y á sus epigramas en los círculos contra el Robespierre á caballo. Napoleón desterraba á esta amazona intelectual, pero la persecucion daba mayor poder al pensamiento representado por una mujer. (1).

(1)
 E per tua gloria basti
 Che dir potrai che contra me pugnasti
 TASSO.

Y para timbre de tu gloria baste,
 que contra mi tu acero desnudaste!

He aquí el epigrama que conviene á madama Staël, poderosa enemiga de Napoleón, cuyas victorias é inmenso prestigio le habian hecho colocar en el puesto mas preferente entre los sagrados varones de su siglo. Esta mujer, dotada de alto entendimiento, y que manejaba su idioma con elegancia y soltura, hirió de muerte á Bonaparte, porque le atacó por dos extremos que destruian hasta en sus cimientos su poder, con haber puesto de manifiesto su desenfadada y tiránica ambicion y revelado los futuros destinos de la Europa, que debía aspirar á una libertad moderada, pero muy distinta de la gloria violenta en que Napoleón pretendia colocarla. Cuando ella le llama Robespierre á caballo, esta proposicion que parecia únicamente un chiste amargo, encerraba toda la historia de la revolucion francesa desde la época de la Convencion hasta la batalla de Austerlitz, porque declaraba á Napoleón no menos sanguinario que Robespierre. En efecto, Napoleón con sus guerras no habia causado menos estragos que aquel con el hacha del verdugo, y ademas habia sujetado á la Europa entera al yugo de un despotismo repugnante y bárbaro.

Napoleón conocia muy bien, que cada epigrama de Staël, era un proceso contra su autoridad y su persona; pero en vez de despreciarla la desterraba: remedio no solo ineficaz sino contrario á sus propios intereses, porque la persecucion hace cada vez mas ilustres á las personas notables, y da mayor importancia á sus hechos y á lo que sale de su pluma. Ademas, madama Staël con sus obras literarias y políticas revelaba un porvenir terrible para Napoleón, pues que daba á

Apartando sus miradas de la Francia moicadora é incrédula, las dirige á Alemania, nacion seria, dedicada al estudio idealista, y que tiene creencias, escribiendo sobre ella despues de una acalorada conversacion, en la que ha encontrado justo y admirable todo lo que se ha dicho; y finalmente, hablando como una amante entusiasmada de los filósofos y de los poetas de aquel país, les da á conocer á toda la Europa.

En su literatura entre los antiguos y los modernos, eleva hasta las nubes á Shakspeare en mengua de Racine, y declara la guerra á Boileau. En la Corina, que es un poema al mismo tiempo que novela y tratado filosófi-

co, conocer que fermentaban en Europa doctrinas y principios muy opuestos al despotismo militar; y últimamente, su entusiasmo para la constitucion inglesa, era una apologia en favor del liberalismo, que colocaba á Bonaparte en el último rango del mundo político, y revelaba á la humanidad, y principalmente á la Francia, que la monarquia absoluta era ya imposible. En efecto, Mr. Bonald, que detestaba toda especie de liberalismo, habiendo llegado á penetrar el espíritu de las obras de madama Staël, procuró desacreditar "las Consideraciones sobre los principales acontecimientos de la revolucion francesa," que es una de las obras mas notables de aquella mujer, diciendo lo siguiente: "Tambien ésta es una novela sobre la política y la sociedad; son Delfina y Corina, que fabrican política como fabrican amores. Dos sentimientos: ternera para con su padre y admiracion para Inglaterra. Cuando Necker es acusado, su hija no procura justificarle, sino que lo elogia; cuando se le prodigan alabanzas ella no le aplaude sino que le diviniza. En Inglaterra todo es perfecto: aquel país es el paraíso de Europa y la antorcha del mundo.... Esta obra no añade nada por cierto á la reputacion de espíritu de que disfruta su autor, y me parece que el brillo de su estilo es menor que en todas las demas producciones que han salido de su pluma. Creo ademas que la exageracion de sus ideas liberales, la amargura de sus censuras y la injusticia de sus juicios, dan una idea poco favorable de la bondad de su carácter. En general los escritores de la reforma no han tratado mejor de la política que de la religion. Leibnitz reconvenia de graves errores á Puffendorf; los que han venido mas tarde han hecho lo mismo con mas ahinco, pero madama Staël se ha escedido á todos. La Europa debe á estos principios políticos la soberanía popular y sus inevitables consecuencias. Juriem que pasaba tambien entre los suyos por un hombre arrebatado, habia dicho: "el pueblo es la sola autoridad que no necesita tener razones para reforzar sus actos." Madama Staël va aun mas lejos, apoyando su política en el mismo principio de la reforma. "Observations sur l'ouvrage de madama Staël; por Mr. Bonald.

Este juicio crítico de un absolutista furibundo, es uno de los elogios mas notables en favor de madama Staël.

(Nota del traductor.)

co, pinta el corazón y la sociedad mejor aún que la naturaleza, las artes y los padecimientos inefables del genio en medio de la prosa cotidiana. Pero su principal mérito consiste en el artificio con que pone la independencia como elemento del genio; en plantear teorías, que son consejos de dignidad y valor, y en hacer contra el gobierno imperial asiduas protestas tan solo con la fuerza de su voluntad, con el entusiasmo que inspira la libertad, y con la confianza en el progreso. Cuando los adictos al César no veían sino el imperio apoyado en las bayonetas, ella dijo: nuestro orden social se funda todo en la paciencia y en la resignacion de las clases laboriosas. Fervorosa por todo lo que era independencia, justicia y valor, se lanzó al porvenir con mas osadía que los que se titulaban fuertes pensadores, y echó de ver con la exquisita delicadeza de su corazón, la armonía que media entre las cuestiones literarias y las políticas.... ella que no era sino una mujer. Pero aunque desaprobaba á Goethe porque queria resucitar la mitología, no comprendió á aquellos que creían ser el cristianismo moderno fuente del genio, y exclamaba: No somos tal vez capaces en las bellas artes de ser cristianos ni paganos; el arte y la naturaleza no se repiten; lo que interesa en el silencio presente del buen sentido, es alejar el desprecio en que se quisieron sumergir todas las concepciones de la edad media. Descollaba aun mas en su conversacion que en sus obras, porque arreglada la primera con aquella superioridad del bello sexo, que tan prodigiosamente pintó en su Corina; muchos de sus amigos difundieron poderosamente ideas literarias en parte opuestas y en parte mas amplias que las que dominaban en la escuela. Esta tenia como su mérito principal la imitacion, mientras que aquellas aspiraban á la originalidad; ésta se adhirió á algunas reglas arbitrarias, y aquellas buscaban la emancipacion; ésta, finalmente, se formaba con las ideas y con los tipos griegos y latinos, al paso que aquellas se atenían á los tipos menos perfectos, pero mas homogéneos para nosotros, que se encuentran en los tiempos románticos de donde toman su nombre. Los que buscaban una fórmula á propósito para el romanticismo, decían con Schlegel: "la contemplacion de lo infinito reveló la nada de todo aquello que tiene límites; la poesía de los antiguos consistia en el goce, y la nuestra reside en el deseo; la antigua se establecia en lo presente, y la nuestra se equilibra entre las memorias de lo pasado y el presentimiento del porvenir." Era, pues, esta fórmula del romanticismo la expresion de un sentimiento mas profundo de lo presente con relacion á lo pasado, contemplado bajo un nuevo punto de vista. Los imitadores de los clásicos habian considerado las reglas no como una historia de lo que hicieron los escritores mas eminentes, y una direccion á propósito para imitarlos, sino como productoras por sí mismas, al paso que los román-

tics colocaron la soberanía en el individuo, y formaron de la estética una ciencia racional mas bien que una coleccion empírica. La escuela clásica, que habia tenido su cuna en las cortes en donde existian las multiplicadas convenciones, los humanos respetos y las aristocracias, tomaba mas contornos que colorido, mas lógica que fantasía, y se daba á conocer por escasa de imágenes, porque era pobre de sentimientos: los románticos se confesaron hijos del pueblo, y con este motivo en sus escritos se encuentra mas vivacidad que esmero. Los adictos á la escuela clásica pintan la humanidad en general, la verdad abstracta y la belleza que dimana de la unidad; pero sin tomar en consideracion el colorido que requieren la escena local y las particularidades de organizacion: los novadores se adhirió en sus composiciones á la verdad existente mas bien del individuo que de la especie, y á los tipos escpcionales con preferencia á los ya comunes para todos. Los primeros, por lo tanto, conseguian facilmente una belleza convencional, á la que llamaban impropriamente ideal; pero se limitaban á un círculo muy estrecho, porque las especies son pocas: los segundos pretenden tener á la vista el universo; pero en el punto en que tratan de escoger, pueden facilmente caer en lo trivial ó evaporar su talento en exageraciones fantásticas.

El idioma debía resentirse tambien de semejantes doctrinas, y las palabras debían encontrarse en la precision de adquirir los mismos derechos á la igualdad que las personas, no evitando un idioma sus palabras propias para reemplazarlas con ingeniosos y escuálidos circunloquios, ni ambicando el estilo cortesano para abstenerse de emplear las palabras que se desprenden de los labios del pueblo.

En resolucion, la variedad en lo infinito constituye el carácter del género romántico, el cual como consecuencia de sí mismo, introduce el tono lírico en todas sus producciones.

Esta diferencia entre clásicos y románticos se manifestaba mas y mas en el drama, porque le constituye la reflexion activa del hombre sobre sí mismo; así que es el punto en que nuestras pasiones se convierten en placeres en vez de causarnos afán obrando, y ademas, mirandose como en un espejo que refleja las acciones ajenas, se reconocen á sí mismas y se llenan de regocijo sin recelar. Siendo pues el teatro el solo paraíso donde el poeta se encuentra frente á frente con el público, en aquel se debe verificar el principal cambio, el cual será tanto mayor cuanto mas infeliz era la tragedia escolástica, que se habia consumido ó en diálogos demasiado poéticos para pintar la naturaleza, ó demasiado minuciosos para describir las pasiones; pero limitándose siempre á un círculo estrecho de sensaciones ficticias ó previstas de antemano.

Los que no supieron ver mas allá de la su-

perficie en el romanticismo, los que no descubrieron en él sino una icástica (1) diversa de la clásica, y una rebelión contra las reglas, dieron un aspecto miserable á la cuestión, hasta creer que la nueva escuela romántico-teatral consistiese tan solo en la infracción de las tres unidades escolásticas. Sin embargo, es de notar que La Mothe había evidenciado desde el principio del siglo XVIII lo absurdo de estas unidades, y Metastasio había demostrado que no tenían en su abono el teatro griego, aunque no puede negarse, que así el primero como el segundo, se atuvieron á las convenciones clásicas, ni osaron arrostrar la verdad, de la cual es únicamente una parte la infracción de las unidades.

Lessing, despues de haber sostenido que los críticos franceses no tenían el verdadero conocimiento de la teoría y de la práctica de los griegos, tomó esta asercion como punto de partida para proclamar la libertad. Los Schlegel, demostraron con conocimientos mas estensos en qué consistía la fuerza dramática de Shakpeare, sosteniendo que no se derivaba de sus maneras licenciosas, aunque le habían servido éstas para espresarla, y tradujeron un drama indio (*La Sacontala*), el cual convence de que en países muy distantes unos de otros, el instinto poético, despojado de sus preocupaciones, conduce á los mismos expedientes que no son nunca mezquinos; y pesando escrupulosamente la poesía dramática de los varios pueblos, demostraron cómo ésta tomó formas gigantescas entre los griegos, los españoles y los ingleses, por haber echado á un lado las reglas que los humanistas habían deducido falsamente de Aristóteles.

Pero si el drama es la forma mas espresiva de la civilización, las demas composiciones deben tambien conservar cierta proporción con ella; por lo que debe calificarse de ignorante tiranía el prescribir los cánones que deben servir para espresar la inspiración, la cual es tan solo eficaz cuando se funda en una revelación personal de sentimientos e ideas. Por lo demas, el mayor número de la nueva escuela no infringía de intento los preceptos, sino que se inspiraba en el sentimiento y en la verdad á fin de que le sirvieran de medio, para espresar los vicios, las virtudes y las debilidades. Chateaubriand se declaró jefe, gracias á la oportunidad de estos innovadores en Francia.

Los miserables triunfos de la impiedad, que despues de haber declarado hipótesis la Providencia, el orden y la inmortalidad, los reemplazaron con otras hipótesis como la fatalidad, el acaso, la nada, no dejaron al hombre sino el orgullo de una sabiduría falaz, la convicción de una incertidumbre universal y la desesperación de una ambición impotente, que no prometían aquella esta-

[1] Esta palabra se deriva del griego, y significa tratado de las imágenes ó figuras.

bilidad que se deriva del acuerdo de una creencia humana con otra religiosa. Algunos se arrastraban todavía tras el carro desguarnecido de Voltaire, y otros se preparaban para prodigar lisonjas al nuevo héroe, que recompensaba con elogios oficiales y empleos; pero tan luego como éste restauró la religión antigua, considerandola bajo el punto de vista de un medio que conducía consigo el orden y la disciplina, Chateaubriand quiso presentarla en toda su belleza. La poesía se había visto reducida por el materialismo que le había comunicado la ciencia, á una contemplación yerta; y en efecto, habiendo renegado los enciclopedistas de la naturaleza y de Dios, escribieron acompasadamente y con espíritu de cálculo; pero jamás salió de su pluma una página dictada por el corazón. Chateaubriand, en el *Genio* (1) restituía al cielo y á la tierra las armonías ocultas que median entre éstos y la existencia del hombre; y á la religión sacudida por los sarcasmos de Voltaire, por las sutilezas ingeniosas de Diderot, por los ímpetus de Rousseau y por las agitaciones fan-

[1] El *Genio del Cristianismo* de Chateaubriand, cuando salió á luz fué diversamente interpretado. Algunos proclamaron que era una obra maestra del arte y que merecía ser colocada en el templo de la gloria por el brillo de las imágenes, por la viveza del lenguaje, por su estilo elevado y por su mucha elocuencia. Otros por el contrario, dijeron que las frases eran muy estudiadas y hasta violentas, su estilo falso y su lenguaje exagerado, y que debía juzgarse mas bien una parodia del cristianismo que una apología. La corte de Roma tuvo á mal la publicación de aquel libro, porque hizo del cristianismo una epopeya fantástica y sin un punto de apoyo sólido que pudiese hacerle merecer el título de apología. Con este motivo vamos á transcribir un trozo estremadamente curioso, que hemos entresacado de una obra no muy vulgar, titulada: "*Documents particuliers [en forme de lettres] sur Napoléon Bonaparte, sur plusieurs de ses actes jusqu'ici inconnus ou mal interprétés; et sur le caractère de differens personnages qui ont marqué sous son règne, tels que M.M. Talleyrand, Chateaubriand, de Frodt, Morau, etc. etc; d'après des données fournies par Napoléon lui-même, et par des personnes qui ont vécu dans son intimité, avec des notes historiques et critiques.*"—Paris.—1819."

No era de la política francesa en la época del imperio dar destinos á los emigrados amnistiados, pero Chateaubriand obtuvo por mediación de la princesa Elisa, ser agregado en clase de secretario de legación á la embajada de Roma. Llegado á aquella capital, creyó que le recibirían con mucho agrado por ser el autor de *El Genio del Cristianismo*; pero no fué poca su sorpresa cuando observó que todos los prelados, los cardenales y hasta el Papa se habían pronunciado en contra suya, porque reputaban que aquel libro deslucía la santidad del cristianismo.

[Nota del traductor.]

tásticas de Raynal, la brindaba ahora, para defenderse, con las gracias de la imaginación, con la vida que infunden los afectos y con las bellezas del culto. Tanta efusión de armonías desusadas hizo leer con avidez aquel libro, y por consecuencia acometerlo con rabia y frivolidad. Hoffmann y Morellet le censuraron como á un estudiantillo por aquel estilo suyo, rayado de púrpura y remiendos, de sublime y de minucioso, que no descarta la palabra vulgar para espresar una idea grande.

Si se considera aquel libro como una obra de circunstancia, podemos decir que tiene todas las ventajas y los defectos inherentes á ella. Se buscan en vano en aquel libro la sumisión profunda, la idea elevada de la Iglesia católica, los raudales de luz que ésta derrama sobre la historia, la política y la ciencia humana, porque el autor no discute los fundamentos de la fe. Aunque no se inclina delante de una creencia vana en la Providencia, y acepta el cristianismo como constituido, no quiere entrar en argumentaciones, sino encontrar los dogmas en el corazón, restituir la fe á la imaginación y refutar el materialismo con el argumento de Diógenes, que empezaba á dar vueltas delante del que negaba el movimiento. En efecto, él dice: "*no he cedido á grandes luces superiores; mi convicción salvó el corazón; lloré y he creído;*" y por este mismo camino quería guiar á sus lectores, en su libro: pues, triunfa ante todo el sentimiento y hasta en meugua de la razón. El pensador no encuentra mas que ligereza en el tratar el cristianismo como un anhelo individual mas bien que como un pensamiento colectivo de la humanidad, verdadera síntesis de todas las concepciones y regla de todas las acciones: el escéptico se hace atrevido viendo en esta circunstancia tan fácil es responder: el hombre severo tacha de frivolidad un libro que desflora tan solo las bellezas de la religión; pues que el Olimpo podría contraponer otras tantas y aun mas, á pesar de que no daba inspiraciones para el sacrificio, y no elevaba la razón ni imponía la caridad. Pero Chateaubriand considerado como un artista, es un admirable pintor; engrandece con su fantasía las sensaciones; le sirven de instrumento para sus descripciones las relaciones morales de las cosas; y finalmente, adolece de defectos vigorosos, y descolló por cualidades eficaces que entresacó de la restauración literaria, que se deseaba tanto en las ideas, como en las formas consagradas por un examen detenido de las ruinas elocuentes de la revolución.

El cumplimiento de las revoluciones parece obra de los hombres medianos que saben acomodarse á las necesidades de la transición; y Chateaubriand quería apartarse de los antiguos, despues de haberse apropiado lo mejor de ellos, considerando la revolución en política como un error pasajero, del cual era menester rescatarse.

Puso tambien en práctica en sus novelas

la teoría trazada en el *Genio*. La *Atala* y *Chacia*, modelados sobre los escritos de Bernardino de Saint-Pierre, pero con mayor profundidad, eran un eco de aquel dolor de esperanzas fallidas, que exaltando la imaginación da el sello de la felicidad á la vida salvaje. El *Renato*, revelaba las pasiones íntimas, las fantasías vagas de las almas que no pueden encontrar una verdadera satisfacción sino en la fe religiosa; el descontento de una sociedad lanzada fuera de la antigua senda sin poder encontrar aún el surco de una nueva. El *Renato*, en fin, es una composición de aquel género de literatura, que puede definirse meditabundo y patético. En los *Mártires*, queriendo poner de manifiesto que la mitología pagana no es mas poética que el cristianismo, escogió con feliz acierto la época en que la una vivía al lado del otro, mostrándose éste, fuerte y joven frente á frente de la persecución, porque tenía en su abono la verdad, al paso que la otra había adquirido cierta lozanía, propia de la juventud, por el contraste y la luz que reflejaban sobre ella los mismos dogmas perseguidos del cristianismo. Pero Chateaubriand se escedió en su antitesis al punto de que no tan solo le dió, sino que tomó tambien de ella alternativamente el lenguaje de cristiano y gentil; ni fundándose bastante en la historia, confundió las opiniones y el colorido de edades distantes, mezclandolo todo con lo moderno; y para acumular los hechos llenó aquel espacio, que debía servirle para desarrollar los afectos; y finalmente, no llegó á comprender la sencillez, que tiene tanta parte en el heroísmo de los mártires.

Este autor, con un crecido número de otros franceses, no hizo mas que lo que va dicho en cuanto á la iniciación de un nuevo género de literatura [1]; sin embargo, su eficacia no se desarrolló sino tarde. Hasta que tuvo el cetro Napoleón, la literatura no tomó vuelo en Francia, y la fortuna, casi como si hubiese tenido por proyecto dar una mortificación á aquel hijo suyo viciado, concedió dos grandes vates á su enemiga.

El siglo se complació en prodigar aplausos á la personificación y á la ostentación de muchos defectos, propios en las obras de lord Byron: en prodigar aplausos á aquel tono de sufrimientos en medio de las voluptuosidades; á la práctica de una generosidad, que se manifiesta con palabras mofadoras, á aquel charlar de libertad, mientras que se delira por el despotismo; á aquel sustituir las excepciones á las reglas, pintando halagüeño el vicio con poner en primer término su lado favorable; á aquel presentar objetos en

[1] Y aun peor que nunca en su obra póstuma. El día que dos cosas detienen la literatura: la impiedad, triste herencia de Voltaire y de la revolución, el despotismo de Bonaparte, que la metía en el cuartel, la hacía obedecer y la obligaba á presentar las armas y á maniobrar con los soldados.

el estado de una existencia tempestuosa; situaciones violentas, almas formadas por la mezcla de crímenes y tristezas, bandoleros que llevan consigo el prestigio del heroísmo; mujeres que no existen en el orden natural; países y costumbres diferentes de los que solían encontrarse en los poetas, y últimamente, el hombre en abierta lucha, no con los gigantes y el hado, sino con sus propias pasiones, audazmente reveladas contra el deber. Intolerante del calvinismo de su patria, se lanzó a la incredulidad pagana ó escéptica; rechazó la aristocracia puritana y la ciudadanía aristocrática de Inglaterra con un talento insigne, con un egoísmo estralimitado, con un orgullo inmenso; pero mientras hería de muerte a los hipócritas, ridiculizaba también a los liberales, y acudía a las armas del insulto contra todos los principios, tanto en sus escritos como en sus acciones. Este vate desconoció la naturaleza ó no la amó; y tomando por su Mecenas la musa del escarnio, impedido por la intensa fuerza de su mismo genio a transformarse, copiaba siempre un mismo modelo, variando su ropaje; es decir, se copiaba a sí mismo, ó copiaba lo que veía y experimentaba.

La edad media creó dos tipos del pecador: *Faust*, que en los vértigos de una ambición intelectual quiere saberlo todo para asimilarse dominarlo todo, y *D. Juan* encenagado en el sensualismo. Goethe tomó por su cuenta el papel del primero, y Byron el del segundo, conformándose cada cual con su genio particular. En el *Faust* Goethe recorre toda la vida y la historia para sobreírse con ira maliciosa sobre la nada de la sabiduría, de la belleza y hasta de la virtud; en fin, sobre todos los esfuerzos de la humanidad, de modo que nos lleva a la desesperación y a vilipendiar nuestra raza engañada ó engañadora, servil ó tirana.

El *D. Juan* es una anatomía yerta de la sociedad, hecha con objeto de rebuscar por doquiera la hipocresía moral, religiosa, política y poética, hecha con objeto de oscurecer la virtud más prodigiosa por su belleza, la caridad social y el respeto hacia la especie humana. En ambas producciones el hombre vicioso siente de algún modo los reclamos de la fe y de las benevolencias humanas, y algún destello de pura luz aclara todavía el fondo sombrío de aquellos cuadros; pero luego vence el espíritu del orgullo, de la rebelión, de una fuerza negativa, de la ironía y de la guerra contra toda autoridad superior.

Byron, bajo una superficie voluptuosa, afectaba misantropía (1); a pesar de que se había educado en las orgías, a pesar de que era mujeriego, a pesar de que también en la poesía se manifestaba esclavo de su tiempo.

(1) Byron erigió un sepulcro con el siguiente epitafio: "Estas piedras han sido levantadas sobre los despojos de mi amigo, el único que he conocido. Era mi perrito."

po, y siempre colocado en el centro de los intereses humanos. Este hombre, presa del orgullo del ángel réprobo, sediento de venganza, encontrándose en fiero contraste entre el deseo y la saciedad de los sentidos, inquieto como el que arrastrado por la fuerza de su voluntad, se halla sin embargo, fuera de la esfera natural de su propia actividad, buscó el amor en la disolución, la gloria andando por caminos torcidos, la libertad a retazos; y nunca en la firme constitución de su patria sino entre los esclavos con algún acto indiscreto. Últimamente, vió relampaguear ante sus ojos un noble fin, y se trasladó a Grecia [1824], en donde prodigó sus riquezas y su vida muriendo entre los griegos lleno de amarguras por reales desencantos.

El mundo, ébrio ante las filas soldadescas, se abandonó entonces con su fantasía a imaginar por una ardiente necesidad de actividad material, cabelleras desgreñadas, corsarios, vicios elegantes y vigorosos, disoluciones que llevaban consigo el télio y aborrecimiento a los vínculos sociales. Es cierto que el hombre, el cual se constituye en guía de los demás, adquiere un influjo, no tan solo con su propio genio, sino también mediante la manera con que maneja la inteligencia acomodandola a sus propios caprichos: así es, pues, que las huellas estampadas por Byron trazaron la senda que debía conducir al uso de los goces, del lujo, de la poesía, de los caballos, de las mujeres, de las peregrinaciones a Oriente; transformándose en un ser extraño a los demás, el que secundara esta moda en un tiempo en que la civilización allana las desigualdades, y exagerando en la literatura los sentimientos cuando se debilitan en la sociedad. De aquí salió aquella raza de almas convulsas y malignamente sombrías, que se cree que han sido colocadas entre los elegidos porque no tienen la fuerza de las almas vulgares, cuya tranquila simplicidad [último signo de flaqueza e impaciencia] desprecian y envidian al mismo tiempo; la raza de aquellas almas que se crean goces y sinsabores diversos de los comunes; que juzgan ser heroísmo supremo la cobardía del suicidio.

Así como a Byron sirvió de argumento el interior del hombre, a Walter Scott le ofreció materia la vida exterior; el primero es un ser apasionado; el segundo, todo pintoresco, que matiza de mil maneras los caracteres, al paso que aquel no conoce más que uno solo, y éste es él mismo. *Los lamentos del último menestral* habían colocado a Walter Scott en el lugar preferente de primer vate de Inglaterra, cuando al aparecer Byron, no queriendo quedar el segundo, se lanzó a la prosa (1814), guardando el anónimo en su primera producción *Waverley*, que fué el principio de una serie inagotable de novelas, en las cuales es la acción la que constituye todas las prendas y todos los defectos.

La novela, como nosotros la comprendemos hoy, es una producción nueva de la literatura cristiana, es decir, aquella literatura que conduce a meditar en la vida interior y a seguir los vaivenes de una pasión desde su cuna hasta sus triunfos ó su muerte. Los ascéticos y los satíricos se mostraron muy satisfechos en esta ocasión; pero el nuevo género de esta literatura se revistió de una naturaleza diferente, según los diversos países. En el Mediodía prevaleció la novela que toma por argumento las aventuras, y que se reduce a ciclos sin término, en donde vuelven a figurar siempre los mismos personajes que son casi tipos de la acción. En Italia los poemas novelescos repitieron todos estos acontecimientos; las novelas se entretijeron con anécdotas; cada poeta cantaba las alabanzas ó los atractivos de una hermosa, pero todos ellos se parecían; las comedias del arte generalizaban la humanidad, en vez de ofrecer el individuo. En España figuran las mismas personificaciones de un vicio ó de una virtud hasta en las novelas de mejor quilate. En el Septentrion prepondera por el contrario la reflexión interior y nos brindan con una inmensa galería de retratos. Shakpeare, Richardson, Fielding, Sterne, que fijan su atención en cada hombre, en cada pasión, en cada accidente y en todos los goces y dolores. De allí habían venido los grandes modelos de las novelas; pero no sé qué especie de desaprobación esquivada [1] pesaba sobre este género de literatura. Sin embargo, la novela no es más que una forma apta a todas las pasiones del corazón, a todos los caprichos del espíritu y a las inspiraciones así serias como mofadoras. Sirvió a Voltaire y a Diderot para demoler y a Chateaubriand para reedificar; se convirtió en pintura en las manos de Walter Scott; en epopeya de individualismo sentimental en Werther, Renato, Corinna Obermann, Adolfo, Clelia; y en ponzoña de la sociedad y de la moral bajo la pluma de Süe.

Walter Scott prefiere al análisis del corazón las investigaciones arqueológicas, caras a los aristócratas, y las trata con imparcialidad, y tiene a su disposición excusas para disculpar a los siglos, a las costumbres y a todos los vicios, así como laureles para todo acto heroico y benevolencia para todas las clases. Sirvenle de auxilio las reminiscencias más bien que la imaginación, echando mano de lo bello en donde lo encuentra; pero apropiándose, revistiéndolo con colores lozanos y elevación poética, retrayéndose de las afectaciones del mayor número, y manifestándose incomparable en las descripciones, naturalismo en el diálogo y artificio en el interés dramático. Después de haber estudiado un argumento se lanza en él a la

(1) Villemain siempre que habla de novela en sus lecciones pide mil perdones, y deja incompleto el exámen de algunos autores por no tratar de novelas.

ventura. He aquí lo que él mismo dice: "un hombre de la luna no sabrá más que yo acerca del modo como saldré del laberinto de mi historia.... Yo no he sabido nunca formar un plan completo ni atenerme fielmente a él.... Mi suprema atención ha sido siempre que divirtiera é interesara lo que escribía, teniendo mi pluma en la mano, y confiaba al destino todo lo demás (1)." Así es, pues, que no se descubre en él más que el deseo de pintar y nunca un objeto cualquiera determinado, á escepcion de la vida de Napoleon que los venideros no leerán (2).

[1] Hay algunas anécdotas ó hechos particulares que merecen ser referidos, aunque dudosos ó apócrifos, porque distinguen una época de otra, ó dan el timbre conveniente al carácter de un hombre ilustre. De esta naturaleza es lo que vamos á poner de manifiesto. En una de las tantas biografías y noticias sobre la vida de Walter Scott, se dice, que uno de sus amigos, asombrado sobremanera de la prodigiosa fecundidad de aquel célebre escritor, le preguntó si quería aceptar como argumento para una novela *una caña verde ó el palo de una escoba*. Walter Scott contestó inmediatamente que aceptaba el último; y en el breve transcurso de cuarenta días concluyó una novela sobre el tema mencionado, llena de bellezas locales, de puntos de escena muy interesantes, de combinaciones peregrinas; y últimamente, después de haberla leído á varios amigos reunidos, la ofreció como un testimonio de afecto y amistad al que había querido poner á tan difícil prueba su ingenio, y por un exceso de modestia y generosidad, no quiso que se pusiese su nombre siempre que se publicara.

[2] No cabe duda que Walter Scott es uno de los novelistas más apreciables de nuestro siglo; pero sus producciones, nos parece, que llevan siempre un mismo colorido en su misma variedad. Las descripciones primas y minuciosas no son siempre muy agradables, y las escenas y los caracteres de los personajes se repiten bajo varias formas; así que juzgamos, que su prenda principal consiste en su inmensa fecundidad y en su arte de dar un aspecto completamente histórico á sus novelas, que acompañadas del encanto del estilo, han hecho tanto ruido en el mundo literario. He aquí alguna de las cosas más notables que dice acerca de este autor Víctor Hugo. "Hay, por cierto, algo de extraño y maravilloso en el talento de este hombre (Walter Scott), que dispone de su lector como el viento de las hojas; que lo hace pasear en todos los tiempos y por todos los parajes, que le revela como por acaso los secretos más íntimos del corazón, así como las páginas más oscuras de la historia. Se reviste con la misma asombrosa verdad de los andrajos del mendigo que del manto real; manja con la misma soltura todos los caracteres, y habla todos los lenguajes; deja á la fisionomía de los siglos lo que la sabiduría divina ha puesto en ellos de inmutable y eterno, y todo lo que han ingerido en ellos de variable y pasajero las locuras humanas. Walter Scott, no obliga á los personajes de los tiempos pasados, como lo hacen algunos novelis-

El talento de Walter Scott es enteramente de formas exteriores; no crea tipos, y el hombre se encuentra colocado en sus producciones como las pequeñas manchas en un paisaje.

Ana Radeliff; introdujo el terror en las novelas inglesas [1762-1833]. Abrió las tumbas, espuso a la vista el cadáver en todo el horror de su inmovilidad y de su próxima putrefacción; todas las máquinas propias del espanto, como trampas, tapicerías dobladas, torturas, chillidos, oscuros calabozos, espectros, los puso en juego. Después de haber llenado de terror a los lectores con una tan larga tela de imágenes espantosas, les hace objeto de su mofa recorriendo la cortina del misterio, revelándose entre carcajadas su máquina fantasmagórica, y enseñándonos que los cuernos del demonio son los de una ternera y los huesos de los esqueletos los restos de una comida; por lo que el interés de sus novelas se disipa después de una primera lectura y no puede ser sostenida sino por la magia del estilo (1).

Walter Scott, tomándola por modelo, introdujo también en sus escritos algunas veces seres fantásticos y espanto mecánico; pero conoció su falta y se corrigió. Tranquilo en su quinta de *Abbotsford*, se complació en resucitar aquella vida de diversiones campestres que se describe con tanto acierto en las novelas; pero fijando su mirada incesan-

tas ignorantes, á presentarse con nuestros afeites y á frotarse con nuestro barniz."

Notaremos, finalmente, que nuestro autor al hablar de la vida de Napoleón, escrita por Walter Scott, ha pasado por alto una circunstancia muy importante y conocida en Europa, á saber: que el novelista escocés no escribió aquella pseudohistoria por un mal entendido espíritu de nacionalidad, sino porque el buen rey, que entonces dominaba en Francia, le regaló cerca de un millón de francos.

[Nota del traductor.]

(1) Esta mujer es una de las novelistas más célebres que tuvo Inglaterra en la última mitad del siglo pasado. *Los Castillos de Athlin y de Dumbayne; la Foresta ó la Abadía de Saint-Clair; los Misterios de Wolf; Julia; el Italiano ó el confesionario de los penitentes negros*, son no velas espantosas por sus tenebrosos enredos, pero atestadas de imágenes que manifiestan un entendimiento elevado y fantástico. Algunos de sus contemporáneos dicen que esta célebre mujer habiendo llegado á exultarse su imaginación hasta el extremo con sus ficciones y fantasmas, vino á rayar en accesos de locura en los últimos años de su vida. Otros desmienten el hecho; pero aun cuando hubiese sido supuesta su demencia, es lo cierto que sus novelas se manifiestan como una producción salida de la pluma de un autor que vive rodeado de espectros y demonios. Advertiremos por último, que hay algunas novelas falsamente atribuidas á la señora Radeliff.

[Nota del traductor.]

temente en lo pasado y en aquellos lores, que habían hecho grande á la Gran Bretaña, no tiene en mayor consideración los dolores y las esperanzas del pueblo que los escritores clásicos. Su tranquilidad sencilla y serena, agradaba á los ánimos atormentados de recientes memorias y desasosegados por lo futuro; y á decir verdad, es más fácil tranquilizar el corazón que agitarlo. Pero los efectos de sus novelas se limitaron á las modas, á las máscaras, á las capalgatas de señoras, á las torrecillas góticas, á los torneos, al uso renovado de antiguas bandas, y á tener un tropel de imitadores que aspiraban á lograr su facilidad sin poseer tanta riqueza de talentos.

Walter Scott y Goethe, son escritores de una índole enteramente opuesta a la de Byron y Schiller; los primeros se atienen a los objetos que se presentan en el mundo exterior, los segundos al sentimiento; aquellos reciben sus inspiraciones de las cosas sensibles; éstos de su misma alma; Walter Scott y Goethe reproducen el mundo y las fisonomías; Byron y Schiller la pasión; aquellos son semejantes a la luz que alumbrá, éstos a la llama que arde. Byron renegó de los tiempos pasados, Chateaubriand los adoró, Walter Scott los pintó y Goethe tuvo el talento de formar un bello conjunto de tantos y tan variados matices. La pintura del escocés es verdadera, pero sin eficacia. Byron enfermó por odio, agitado por la duda y por su desesperación canta solamente el mal, la desconfianza, la nada, dando un colorido más fuerte a las inquietudes y al mal talante de la sociedad y de los individuos, y estendiendo un manto funebre sobre las ruinas. Este autor que no tiene ni inspiraciones de las cosas pasadas ni esperanzas, impele con un ateísmo desolador al hombre hacia la incredulidad, hacia la blasfemia, hacia la inercia, hacia el suicidio. Goethe, ufano de sí mismo y no atento a hacer triunfar una idea cualquiera, es como un espejo en el cual se refleja la humanidad. Los desórdenes de la voluntad perjudicaron, como suele siempre acontecer, a su inteligencia. El *Fausto* acaba con mofarse de todo lo que es sagrado, acaba con mofarse de la patria, del arte, de la fe; y este autor vilipendió el heroísmo pasado de la Alemania, manifestándose frío y tal vez digno de escarnio, mientras que podía haber hecho mucho bien a su patria (1); Chateaubriand

(1) Nadie ignora que el abuso de las novelas ha llegado hasta su apogeo, y que hoy, este género de literatura se ha convertido en una maldad de infamias. La irreligión, la lascivia, las ideas más sediciosas, los principios políticos más disolventes, las doctrinas perniciosas y antisociales, y hasta las blasfemias más execrables, es lo que se encuentra en todas esas novelas que diariamente se publican en Francia. Pero a pesar de que este género de literatura adolece de tantos vicios, debe llamar sobremanera la atención de un historiador, porque es lo que influye más

con su espléndida y rebotante elocuencia, repite las armonías de lo pasado y busca entre los escombros del santuario las chispas del fuego sagrado; pero este autor pagó también su tributo al siglo, porque no se mostró exento de duda y de cierto abatimiento.

Los adoradores de la antigüedad se opusieron a las innovaciones, porque en ella no advertían más que formas, lo que sucedió con especialidad en Italia, que profesó siempre mucho acatamiento a la corrección este-rior (1).

Vicente Monti representa la parte magnífica de la literatura que tiene por modelo los antiguos. Abate y académico de la Arcadia de Roma, preconizaba en medio de la turba de tantos poetillas, a quienes escitan al canto, semejantes a los pajarillos puestos en su jaula, los rumores más leves, a los Oldesca-

en la moralidad de un pueblo; pues que las personas de todas las clases se dedican más ó menos a semejante lectura, que es un objeto de diversión para todos. Pero nosotros creemos, que un historiador en esta circunstancia no debe limitarse tan solo, como ha hecho nuestro autor, a analizar las novelas de mas nombradía, indicando sus prendas y sus defectos, sino que es de su particular oficio dar a conocer el punto a que debe dirigirse con especialidad la literatura novelesca: dar a conocer cómo ésta puede convertirse en un verdadero instrumento de buena moral y de virtudes sociales; dar a conocer cómo las novelas asquerosas é infames, parecidas al *Judio Errante*, al *Leon Leóni* y a muchas otras de ese género, son una verdadera peste social, que tiende a subvertir el orden político, a anular todos los sentimientos más augustos de la religión y de la moral, y a destruir los afectos más puros del corazón. En otro tiempo se dijo, que la novela *Eloisa* de Rousseau y Werther contenían errores muy perniciosos a la sociedad; pero, después de las novelas de Eugenio Sís y de algunas de Jorge Sand, ¿no pueden los autores del *Fausto* y de la *Eloisa* aspirar a la beatificación?

[Nota del traductor.]

(1) Esta adoración de las formas es tan cierta cuanto que nuestros historiadores y preceptistas distinguen la poesía en sonetos, capítulos, versos libres, etc., clasificando a los autores según estas categorías.

Es una doctrina muy conocida que el genio sin el arte, corre frecuentemente al precipicio como un caballo desbocado, é se lanza hasta las nubes perdiéndose entre los densos vapores de la atmósfera; pues las reglas son no tan sólo útiles, sino necesarias. Pero la pedantería, el servilismo clásico y las minuciosidades de la escuela son cosas muy distintas de aquel arte generoso, que sin ofender el buen sentido, da alas a los arranques del número poético y cierta noble desenvoltura a los vates.

[Nota del traductor.]

HISTORIA—87

chi, a los Brachi, los matrimonios y las fiestas, acostumbrándose de esta manera a inspirarse en las cosas presentes, que debían dar tanta gracia y elegancia a sus producciones como culpas a su carácter. Le granjearon reputación y envidia su esmero incomparable, sus frases irreprehensiblemente clásicas, sus imágenes lujosas, sus perífrasis artísticas, y aquella distribución simétrica, de sílabas llenas, pero ampulosas, de las cuales resulta una larga y armoniosa vocalización. Nosotros añadiremos, que este vate tuvo también el arte de dar un colorido anti-guo a las cosas nuevas, y adornar con formas poéticas las cosas positivas, como lo hizo en la *Belleza del Universo*, y en la oda a Montegolfier. El populacho de Roma asesina al republicano Basseville, y Monti le toma por argumento de un poema, en donde nos presenta su sombra, evocándola para que vea los males, las infinitas calamidades de Francia y su eminente castigo; pero ésta triunfa, y entonces Monti improvisa en sus versos nuevas repúblicas en la alta Italia; la tiranía lanza violentos sarcasmos contra el vate. Pero éste más intolerante por los émulos que tiene en su país, que medroso de los enemigos que viven en otros países, va a la república Cisalpina y da testimonio de su conversión escribiendo artículos y canciones, que respiran lo que se había dicho de más feroz y exagerado en los conciliábulos y en las tribunas. Su oda, en que arroja imprecaciones contra la *sangre del vil Capeto sustraída de las venas de los hijos de Francia*, a quienes *aquel cruel engaño*, no quedará menos inmortal que su poema, en el cual derrama torrentes de lágrimas a la memoria del *mas grande de los monarcas*. Celebrando la muerte del matemático Mascheroni, saca a luz otro poema con objeto de infamar a los Brutos y a los Licurgos de la república Cisalpina. Aquel Bonaparte, a quien estando todavía bajo sus tiendas en Marengo, saludaba llamándole rival de Júpiter (1), porque en

(1) El divinizar a Napoleón fué un lugar común entre nuestros retóricos. Giordani, en el panegirico de Napoleón, en el cual se jacta de "sentir altamente la dignidad del siglo, abunda en expresiones semejantes a estas: *el mundo ha venido a parar en poder de uno que no me atrevo a llamar hombre; diré, sin embargo, salva la reverencia debida a tu majestad, ó DIVO NAPOLEON, esta única entre las cosas humanas, conozco que te es imposible... el no ser excelentemente bueno... invitando a los italianos a considerar y adorar la grandeza de sus beneficios.—Augusto, príncipe en quien nuestra nación adora el más caro beneficio que reconozca del emperador en Italia—Se levantarán estatuas al divo Napoleón—tendrá en cada ciudad un templo, en cada casa un altar.—¿Quién lo podía sino un dios ó una virtud semejante a los dioses... hacer tan estupenda consouancia?—La virtud de este divino espíritu nos obliga a no tener por temeraria cualquiera esperanza.*